



Los años han cambiado a la muchacha polaca que partió a Australia a raíz de una crisis amorosa en la mujer de negocios poseedora del mayor complejo industrial montado en torno al cuidado y conservación de la belleza femenina.

SE EXTINGUIÓ LA LARGA

CADA AÑO VENDIA A LAS MUJERES DE TODO EL MUNDO SEIS MIL MILLONES DE PESETAS EN BELLEZA

El nombre de Helena Rubinstein es, junto al de otra mujer, Elizabeth Arden, algo casi mítico a la hora de hablar de la belleza femenina. La técnica de los afeites, de la que ya se ocupaba en su tiempo Fray Luis de León, había seguido siendo, hasta que estas dos mujeres llegaron a la industria, algo artesanal, casi amateur. Luego, en los turbulentos años de la guerra europea, se creó en torno a ella todo un complicado tinglado comercial, una fabricación en serie y toda una superestructura que dio nacimiento a los salones de belleza, el imperio de los cos-

méticos y la industrialización de la lucha contra la edad.

Ahora, Helena Rubinstein acaba de morir. Su rostro equilino, su peinado tirante, sus ojos escrutadores, conocidos de todas las mujeres a través de la publicidad de sus productos y de las fotos que ilustraban los artículos o libros por ella publicados, no denotaban la edad de esta mujer, cuya belleza podía ser discutible, pero a la que no se puede achacar el que engañara a sus clientes cuando les daba consejos para parecer más jóvenes. Helena Rubinstein tenía noventa y cuatro



JUVENTUD DE HELENA RUBINSTEIN



Hasta el final de su vida, Helena Rubinstein se ocupó personalmente de todo lo referente a su gigantesca empresa, con treinta mil empleados en todo el mundo.

años, y aparentaba treinta menos. Nacida en Cracovia, se había marchado a Australia siendo casi una chiquilla, a causa de un berrinche amoroso. En su equipaje llevaba ocho cajas de una crema que su madre fabricaba a partir de la flor del nenúfar. Y, falta de otros medios para ganarse la vida, vendió aquella crema y siguió fabricándola, a base de la receta materna. En muy poco tiempo se hizo con una seneada fortuna, que le permitió volver a Europa. Londres fue el lugar donde abrió su primer salón de belleza y rápidamente siguieron París y Nueva York. El proceso de industrialización siguió adelante y, actualmente, Helena Rubinstein era una de las mujeres más ricas del mundo, siguiendo hasta el final de su vida, y de un modo activo —la rápida enfermedad que la ha llevado a la muerte la sorprendió en su mesa de despacho—, al frente de una empresa para la que trabajaban en el mundo entero más de treinta mil personas. Afincada en Nueva York, donde vivía en una casa de veintiséis habitaciones rodeada de una fabulosa colección de cuadros, tenía casas en todo el mundo, por el que evolucionaba sin fatiga a pesar de su edad. Se casó dos veces, una en su juventud y otra cuando estaba bordeando los setenta años, y de su primer matrimonio con el periodista Titus tuvo dos hijos que, como muchos miembros de su familia, ocupan

cargos importantes de su gran empresa comercial. Hace unos años pasó por España, al azar de uno de sus viajes. Y, en París, donde pasaba anualmente un par de meses, su actividad era legendaria.

Con ella se extingue el símbolo de un imperio industrial, el de los cosméticos, en el que su nombre había adquirido caracteres casi míticos. «Llegará un día en que ni una sola mujer parecerá vieja», decía. «El arte de la belleza femenina», «El camino de la belleza» y «El alimento de la belleza» eran los títulos de los tres libros publicados por Helena Rubinstein. Y en el activo de esta mujer que anualmente vendía al mundo productos de belleza por valor de más de seis mil millones de pesetas hay que poner el hecho de que tuvo la inteligencia de centrar sus consejos más en el terreno de aprovechar los rasgos naturales que en el de reformarlos. Como Chanel —otra mujer cuyo historial podría ser comparable al suyo, y que no debe andar demasiado lejos de su edad— en el campo de la moda, Helena Rubinstein optó por la sencillez, aunque en su vida privada le gustara lo llamativo y sofisticado. De la conjunción de las dos —adaptadas sus invenciones a distintos planos— puede decirse que ha surgido el aspecto exterior de la mujer moderna.

(Fotos COPRENSA)

